

seguida las jóvenes, colocadas unas detrás de otras, se ponen á imitar con asombrosa habilidad el canto y los silbidos de diferentes pájaros. A este llamamiento ó provocacion responden los hombres con otros gritos, imitando los aullidos de las fieras, monos y puercos. Algunos momentos despues salen del bosque, y en cuanto las mugeres los divisan, se ponen á saltar como las ranas, pero siempre acurrucadas. Los primeros hacen lo mismo, y comienzan á correr unos detrás de otros. Esta maniobra continua por algun tiempo con una vivacidad extraordinaria. Aquel movimiento y confusion es tan pintoresco como divertido. Caen, se levantan, huyen y se persiguen: y cuando esto ha durado cierto espacio de tiempo, cada una de las jóvenes hace por dejarse agarrar de aquel á quien tiene inclinacion.

Una cosa muy notable es que en todas las reuniones de los indios y en medio de sus mayores escesos, casi siempre hay un hombre de cada tribu y aun de cada familia, que se mantiene en un estado completo de sobriedad para estar prevenido á lo que pueda suceder, y conservar el órden en el caso de que cualquiera tratase de alterarle: sirve á los demas de guia y de mentor, y vela, sobre todo, por la seguridad de las mugeres y los niños.

En Surinam, como en casi todos los pueblos salvajes, las formalidades y ceremonias que preceden y acompañan á los matrimonios son de una sencillez casi primitiva. Hé aqui lo que regularmente se hace. Cuando un indio tiene ánimo de tomar á una jóven por muger principia á llevarla los productos de su pesca y de su caza, ó bien la presenta sus trofeos de guerra, si ha tenido la ocasion de apoderarse de los despojos y el cráneo de algun enemigo. Si la jóven acepta aquellos regalos, es una prueba de que consiente en tomarle por dueño y marido. Por la noche, cuando el novio vuelve de la caza ella le lleva en una cesta el *cuil-pot* ó guiso de pescados: despues vuelve á su cabaña.

Al dia siguiente se señala el de la celebracion del matrimonio: entretanto los parientes y amigos procuran proporcionarse abundantes provisiones de pescado y caza para el festin de costumbre. El dia prefijado el jóven se dirige á la cabaña de su futura y la dice:

—Te he elegido mi muger.

Estas palabras bastan y le sigue al instante. Hay luego un festin, á que asiste toda la familia y los amigos, pero en el que los hombres comen siempre los primeros, porque á las mugeres no se las permite hasta que aquellos han concluido. Este uso se observa con tanto rigor que la casada misma nunca come con su marido.

Aman los indios á sus mugeres, y aun son muy celosos; pero son en todo dueños absolutos, y aquellas, como ya hemos visto anteriormente, ocupan con respecto á sus maridos el lugar de verdaderas esclavas. Continuamente están expuestas á sus caprichos y brutalidad: tienen el derecho de repudiarlas y escoger otra si les conviene. La única galanteria que el marido suele usar de cuando en cuando con su muger es darla en tiempo de guerra una parte de la cabellera del enemigo que ha vencido.

Lo que da á conocer mejor que nada la dureza con que son tratadas las indias y la indiferencia con que las miran sus maridos, es la costumbre que observan cuando han llegado á ser madres de ir al dia siguiente con el niño recién nacido al rio para lavarle y la-

varse ellas tambien. Cuando vuelven á la cabaña el marido se acuesta en la hamaca y alli recibe las visitas y felicitaciones de todos sus amigos. Su muger le hace entonces la comida que parte con él. Durante todo este tiempo el niño permanece desnudo en el suelo, tendido en una esterilla ó una tela de algodón. Si necesita alimento lo indica con sus movimientos: la madre se acerca para darle el pecho y algunas veces se echa á su lado.

Si nacen dos gemelos, el padre, segun un uso bárbaro consagrado entre los indios, los coloca en una cesta y los arroja al agua; el que sobrenade debe vivir; el padre se le lleva á la madre y se tiende en su hamaca como de costumbre. Esta práctica inhumana proviene de la estúpida persuasion en que están los indios de que un hombre no puede tener mas que un hijo; asi es que dejan perecer desapiadadamente al segundo.

Una negra anciana aseguró que ella misma habia salvado de las aguas á una de aquellas desgraciadas víctimas y la habia criado con sus demas hijos. Era una niña que ahora se halla en la aldea de Nikeri, en donde está casada con un criollo.

Las indias no dan de mamar á sus hijos mas que ocho ó nueve meses, ni los envuelven, ni los mecen jamás. Pretenden, y no sin fundamento, que el primer método impide el desarrollo de las fuerzas, y que el segundo los vuelve estúpidos y de mal humor: lo que es bastante notable es, que entre ellos, asi como entre los negros, no se encuentran ni enfermos ni idiotas.

En cuanto nace el niño es colocado en el suelo, como ya se ha dicho, y allí, como nada embaraza sus movimientos, desarrolla con libertad sus órganos y da á sus miembros la flexibilidad, la fuerza y la agilidad que despues se observa en ellos.

Los indios por lo general se curan á sí mismos en sus dolencias. Sin embargo, se encuentran entre ellos algunos llamados *pagas*, que profesan el arte de curar; pero mas bien son charlatanes ó juglares que explotan la credulidad de los demas, que se persuaden de que están poseidos del espíritu maligno; para hacerle salir tocan la flauta, como se vió ejecutar un dia con un niño. Aquellos médicos hacen desaparecer al diablo, bailando en derredor de la cabaña del enfermo, con unas especies de calabazas en las manos, con cascabeles, y adornados con plumas. Los que no pueden proporcionarse la asistencia de aquellos extraordinarios médicos se curan á sí mismos, buscando en los bosques las drogas necesarias. Las mugeres son muy buenas enfermeras; mas de un europeo lo ha experimentado. Emplean con buen resultado el guayaco y el salsafras para la curacion de las enfermedades, tan comunes en aquel clima; preparan tambien con plantas que ellas solas conocen un escelente jarabe.

Los indios rara vez están enfermos; las únicas indisposiciones á que están sujetos son los dolores de cabeza y las diarreas; para curarse usan remedios muy sencillos.

Es bastante difícil asegurar si estos pueblos tienen ó no alguna religion. Los indios que habitan en la frontera y á lo largo de las costas, á quienes los europeos han dado el nombre de caribes, parece en lo general que son unos verdaderos ateos; porque jamás se ha visto entre ellos templo ni vestigio de ninguna religion. Tampoco se encuentra indicio alguno de idolatria, como en el Perú y en Chile. Entre ellos los hay,

sin embargo, que creen en otra vida y en la metempsicosis y que piensan que el cielo existe desde toda la eternidad; pero que solo han sido creados el mar y la tierra. Hay tambien algunos que conservan acerca del Ser Supremo una tradicion, segun la cual hizo bajar á su hijo desde el cielo á la tierra para matar una horrible serpiente que desolaba una parte de la América. Despues que el celestial mensajero venció al monstruo, se formaron, segun la misma tradicion, en las entrañas del animal unos gusanos, de los que cada uno produjo un caribe con su muger, los cuales fueron los que poblaron la Guayana. La cruel guerra que

señal de ideas religiosas, porque no tienen en su lenguaje una palabra que espese el nombre de Dios.

El trueno es para los caribes salvages la Omnipotencia, y creen que á él deben la ciencia de la agricultura. Profesan tambien un respeto religioso é idólatra al tamaraca, fruto que se asemeja mucho á una calabaza, y al que hacen grandes honores. Los sacerdotes, al visitar sus tribus, jamás dejan de proveerse de sus tamaracas, que hacen adorar solemnemente, adornándolos con hermosas plumas y colocándolos en la punta de un palo que clavan en la tierra. Persuaden á sus oyentes que lleven de comer y de beber á



Cascada del Blaave-Berg — Pág. 293

la serpiente habia hecho á las naciones vecinas, la continuaron los caribes que habian salido de ella, y que todos miran como sus enemigos.

En cuanto á los indios del Brasil adoraban, con el nombre de toupan, á cierto espíritu que preside á las tempestades. Cuando oian tronar siempre estaban poseidos de grande terror, y jamás dejaban de decir prosternándose:

—El espíritu está encolerizado.

Y procuraban aplacarle haciéndole ofrendas, segun algunos viajeros, que por lo demas aseguran no haber encontrado nunca en aquellos pueblos ninguna otra

*Viage ilustrado.*

aquellos tamaracas, porque les es agradable y tienen suma complacencia en ser regalados de aquella manera.

Es bien sabido que cuando Cristóbal Colon llegó á Santo Domingo, los habitantes de aquella isla tenian imágenes, llamadas amigos, que miraban como sus dioses tutelares y á que ofrecian sacrificios. El rey era el sumo pontífice de aquella religion. Adoraban tambien como dioses supremos á Toroatille, Toomoo y Tepapa, que segun ellos habian sido en un principio peñascos.

Admitian ademas una raza inferior de dioses, á

quienes daban el nombre de catuas, y de los que dos habian sido padres de los hombres. Tane, hijo del dios superior y de Tepapa, era mas particularmente invocado, porque se creia que tomaba una parte infinitamente mayor en la direccion de los negocios del género humano.

Los caribes de las Antillas tributan un culto extraordinario á los que ellos llaman Maboia.

Dan este nombre á un mal principio á que atribuyen todas las desgracias que pueden sobrevenirles, es el espíritu del trueno, de las tempestades, de los eclipses y de las enfermedades. Aquel culto sirve para aplacar al genio, que creen causa de semejantes calamidades. Si hemos de creerlos, se les aparece algunas veces con formas estrañas y horrorosas, unas en el silencio de la noche y otras en las misteriosas profundidades de los bosques; perturba con frecuencia su reposo y los magulla con sus golpes. Para apaciguar la cólera de aquel espíritu maléfico, fabrican una especie de figuritas semejantes á la que ha tomado para visitarlos y atormentarlos. Se cuelgan aquellas figuras al cuello y se imaginan que de ese modo están á cubierto de los ataques del Maboia.

Muchas veces en su singular fanatismo, ó por mejor decir, en su ciega supersticion, se hacen diez veces mas mal del que pudiera hacerles el supuesto Maboia, porque en honor suyo se cortan la carne con unos cuchillos y se estenuan con ayunos prolongados y rigorosos.

Tienen tambien una especie de genios protectores á que dan el nombre de chemeus, y que miran como sus ángeles custodios, destinados á velar por ellos en todas las circunstancias de la vida. Cada caribe tiene el suyo. Les ofrecen las primicias de todas las cosas, los primeros frutos de su cosecha y les hacen ofrendas que colocan siempre en su honor, en un rincon de su cabaña, sobre una estera estendida á manera de mesa en el suelo, alrededor de la cual creen que los genios invisibles se reunen para beber y comer. Representan á los chemeus bajo la forma de murciélagos.

Los indios son enterrados en su cabaña ó en el mismo sitio en que mueren. Principian por abrir en la tierra un hoyo cuadrado, mientras que un paya baila cerca del cuerpo, con sus calabazas adornadas de plumas para ahuyentar al espíritu maligno, y despues de atar al cadáver los codos por debajo de las rodillas le envuelven en un saco de tela de algodón, con sus armas y provisiones, como si debiese emprender un largo viage.

Todas estas ceremonias van por lo regular acompañadas de llantos y alaridos de los concurrentes, y de mil contorsiones que les sirven para espresar su dolor. Entre ellos se distingue particularmente la viuda, que durante un tiempo bastante largo continúa preparando y llevando al muerto el cuil-pot y el chica. Colócalos sobre su sepulcro, y dando alaridos y cantando le hace una porcion de preguntas y de cumplimientos, como *rostro risuëno, ojos esplendorosos, hermoso bailarín, el mas valiente, el mas intrépido, el que mas temprano se ponía en pie y se acostaba mas tarde*. Cuando al cabo de algun tiempo ve que el muerto no contesta, abandona aquel fúnebre sitio, de que se aleja tambien toda la familia, y tomando su partido, procura consolarse con un segundo marido de la pérdida del primero.

Cuando se llega á estos pueblos y se ven por primera vez, cualquiera se inclinaria á mirarlos como

muy miserables; pero reflexionando un poco, no puede menos de convenirse en que son mas felices que la mayor parte de los europeos. No conocen el lujo ni aun las comodidades de la vida: son enteramente estraños á cuanto una nacion civilizada presenta de curioso ó interesante; pero tambien gozan de una libertad que para ellos es superior á todos los bienes. No conocen mas dueño que sus deseos, y jamás se ven embarazados para satisfacerlos. La ambicion y otras mezquinas pasiones de la sociedad no perturban su existencia.

La corteza de los árboles, las hojas, el algodón y las pieles de los animales les sirven de vestido. El maiz, las patatas, bananas, el cazabe, la caza y el pescado bastan para su alimento. Algunas veces tambien suelen añadir la carne de mono, que les parece muy delicada.

La completa ignorancia en que viven estos hombres los hace sin duda muy inferiores á nosotros; pero no influye en nada sobre su felicidad y es muy dudoso que fuesen mas dichosos de lo que son si se llegase á introducir entre ellos nuestras leyes, nuestros conocimientos y nuestras costumbres. Numerosos ejemplos prueban que salvages que han tenido ocasion de vivir entre europeos y aun de conocer las comodidades y superfluidades de Europa, no han olvidado un momento su pais natal, y que en cuanto han encontrado una coyuntura favorable, han regresado al seno de sus compatriotas, adoptado nuevamente su vida salvage y conceptuándose mas felices que lo eran entre nosotros. Ninguna de nuestras ciudades vale para ellos tanto como el bosque ó la sámana donde han nacido: no hay fruto alguno de nuestra civilizacion que no desprecien para su existencia, que podria reasumirse en una sola palabra que lo es todo para ellos: la libertad.

Lo mas notable que hay en estos hombres es la grande fuerza de instinto que poseen. Espuestos sin cesar á mil peligros de su vida errante y salvage, en lucha frecuente con los animales de los bosques, aprenden desde muy luego á desconcertar todas sus astucias. Unas veces es preciso esterminar al leopardo ó combatir al leon, y otras es necesario hacer la guerra á un crocodilo de los pantanos ó de las sámanas. Para todo esto tienen que disputar el terreno que habitan. Su existencia es una lucha continua, no contra las necesidades de la vida que pueden satisfacer fácilmente, merced á la naturaleza rica y opulenta que los rodea, sino contra los mismos enemigos que pueblan sus soledades y que se presentan delante de ellos á cada paso. Asi es que su vista se halla mejor ejercitada que la nuestra, sus cuerpos mas ágiles é infatigables cuando el peligro lo hace necesario, y su oido es mucho mas fino y delicado.

Por el ruido que forman las ramas de los árboles de sus bosques os dirán si es un mono ó un papagayo el que le produce, si es una serpiente boa que enrosca sus largos anillos en los troncos de los árboles, si es un leopardo que los acecha para tener una presa que regalar á sus hijuelos y si es un crocodilo que ha salido del légamo de sus fangosas lagunas para devorarlos. Sus ojos distinguen desde muy lejos á un enemigo. Diríase que olfatean el viento para reconocer el peligro que les amenaza: cuando le han reconocido no hay mano mas segura para herir á lo que les amenaza. Sus flechas y sus armas le alcanzan indefectiblemente.

Y como ese ejercicio continuo y esa lucha incesante con los peligros que la naturaleza ha sembrado en derredor suyo desarrollan necesariamente en ellos sus facultades hasta el mas alto grado, son, á pesar de la indolencia de la vida que hacen bajo otros conceptos, los enemigos mas encarnizados en la guerra. Si se suscita una disension entre dos tribus es un combate de esterminio, un combate en que se despliega cuanto el odio y el furor salvaje pueden inventar de mas cruel y atroz. Ni tienen freno ni ley humana que los contenga. Se los tomara por boas ó tigres que luchan unos con otros, estrechándose en sus anillos y despedazándose con los dientes y las uñas. No hay nada capaz de dar una idea de esos terribles encuentros, de esas acciones sangrientas y furibundas, porque no tienen terreno ni hogares que defender. Sus grandes selvas y sus interminables sábanas son su patria. Si una aldea queda destruida van á otra parte á desmontar un terreno y plantar los puntales de su cabaña. La caza y la pesca proveen por todas partes ampliamente á su subsistencia, y los árboles les suministran un alimento abundante.

Despues de haber pintado á los hombres es necesario dar una idea del pais: para llenar este objeto unimos aqui el dibujo de una cascada mas allá de Blaawe-Berg. El aspecto agreste del pais pintará al Senegal mucho mejor que todas las descripciones posibles. Explica las singulares costumbres que acabamos de referir, y hace comprender la inmensa necesidad de libertad, ó por mejor decir, de vagancia, que experimentan los naturales del Senegal.

En una obra moderna de viages de un autor contemporáneo que merece gran crédito por la veracidad de sus descripciones, en un capitulo referente al Senegal, intercala un episodio que titula *Una hechicera en el Senegal*, el cual trascribimos fielmente á nuestros lectores, porque puede servir de complemento á las costumbres de los habitantes de esta region. He aqui cómo se espresa el autor citado:

«Subiendo por el rio de Surinam desde la ciudad de Paramaribo, la vista no se cansa de admirar á derecha ó izquierda la magnificencia de sus riberas, la riqueza de la naturaleza que por todas partes se descubre, la vegetacion abundante y variada que adorna las dos orillas y el número de edificios, molinos y máquinas de vapor que las cubren. El movimiento continuo de los barcos conducidos por esclavos, que por sus cantos y alegría hacen dudar que lo sean, y que trasportan en ellos maderas ó mercancías, y la multitud de papagayos que se posan en las cubiertas de las canoas indianas de vela ó remo, jamás dejan de causar admiracion á los estrangeros. Un poco mas arriba de la ciudad de Paramaribo, el rio forma un recodo hácia el Este. A la derecha se halla el ancon ó puertecito de los Diablos ó Duivelskreech, rodeado de plantíos.

«Mas arriba y por el mismo lado está la embocadura de Para ó Parakreech, que se estiende á lo largo de la plantacion de Houttuin, en donde antiguamente habia un reducto construido por Mr. Van Sommelsdijk en 1683 para proteger á la naciente colonia contra las invasiones de los indios. A la izquierda se ve el ancon de Courapine ó Courapinekreech, y mas arriba otros muchos que desembocan en el rio, entre los cuales se distingue el de Banister, llamado así por el nombre de los primeros gefes ingleses del tiempo de Willoughby. En aquel parage formaba una isla llamada

Tuinhuizen; pero ahora se halla unida á la tierra firme por haberse cegado uno de los brazos del ancon.

«En aquel mismo sitio estaba tambien la pequeña poblacion de Torarica, llamada ademas Santi-Bridges: tenia un centenar de casas y una capilla; pero en el dia se encuentra enteramente abandonada, y hasta sus restos han desaparecido bajo las vegetaciones que han invadido el terreno que ocupaba.

«Un poco mas arriba, hácia la parte de Occidente, se descubre el ancon de Separipabo, y á tres leguas mas allá una montaña que domina magestuosamente el rio. Se la conoce con el nombre de Sábana de los Judíos, y á cada lado tiene un estenso valle, tan risueño como pintoresco.

«En la cima de la montaña de que acabo de hablar hay un pueblecito, habitado por unos 100 ó 120 judios muy pobres.

«Enfrente de la sinagoga que existe en dicho parage, y á unos 100 pasos por el lado de la pradera, se encuentra el cementerio judaico; en aquel punto comienza la línea de defensa. A un lado se ve la casa económica, conocida con el nombre de *Gouverneurs-Lust*: contiene espaciosos jardines y gran número de animales para el servicio del hospital Mauritsbourg. Allí trabajan los criminales tanto blancos como negros, que son condenados al grillete.

«Desde Mauritsbourg puede llegarse en cuatro horas de marcha á lo alto de la Comawgue, siguiendo el cordón comenzado en 1774, que tiene de 150 á 200 pies de ancho, con postes y árboles en las orillas. Despues de atravesar aquel rio se sigue el segundo cordón y se llega al mar.

«Subiendo siempre el rio de Surinam, mas allá de la Sábana de los Judíos y á la izquierda, se encuentra la plantacion de Auba, célebre en los anales de aquel pais, por la paz que se concluyó allí con los negros fugitivos de Tambica. Mas lejos, á la derecha, se eleva la de Rama, en donde principia el Oranjepad ó camino de Orange, en el que el baron Spark formó un reducto llamado Sarron. Siguiendo la marcha se llega al Klein-Oranjepad ó camino pequeño de Orange, comenzado en 1750 bajo la direccion del ingeniero Bermont.

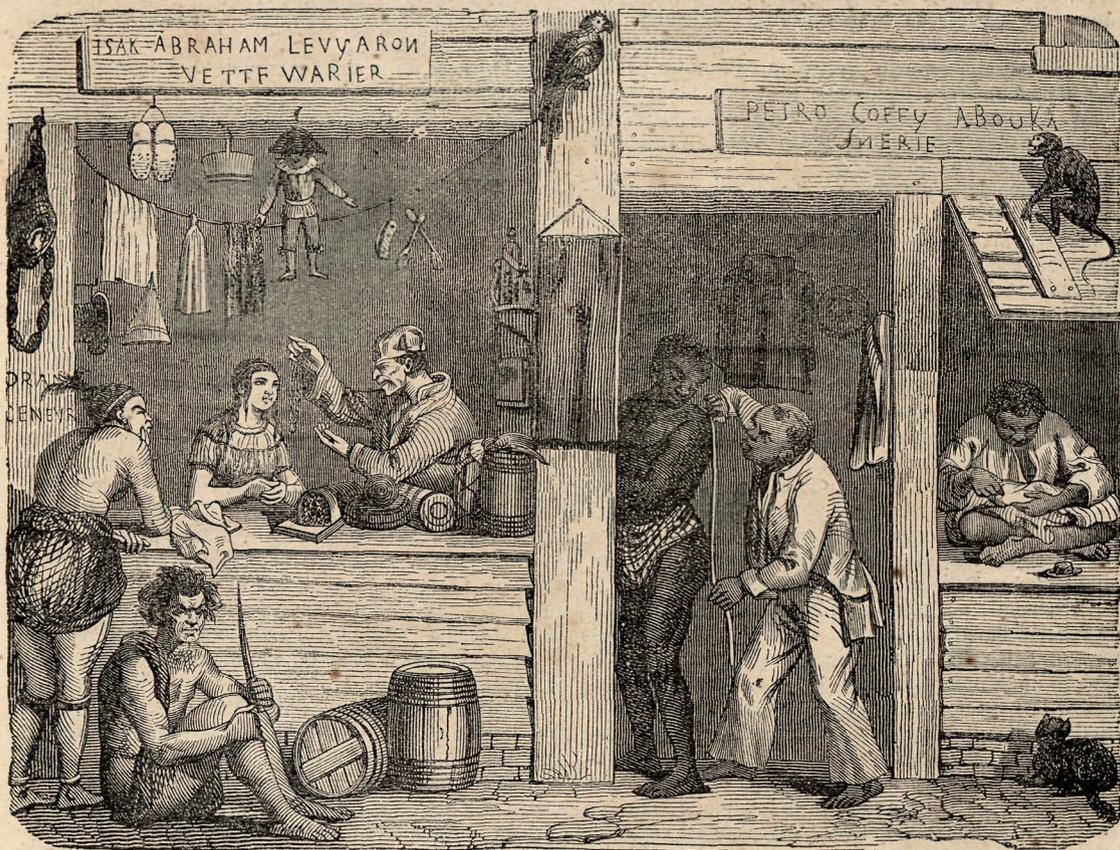
«Este camino, á cuyas orillas se ven algunas casas, tiene nueve leguas de largo y comunica con el Sarameca, atravesando el Ancon de Para. Mas adelante el rio tuerce hácia el Este, y á la derecha está el puertecillo del Mariscal ó de Maarschalkkreed. A la izquierda se estiende la plantacion de la Providencia, fundada hácia el año de 1684 por las hermanas de Mr. Van-Sommelsdyck, que llegaron á la colonia con un gran número de sectarios, llamados labadistas, los cuales se establecieron allí. Un poco mas arriba se ve el Klaaskreek, llamado así por los negros errantes que se establecieron en aquel punto: Klaaskreek quiere decir Puerto de Nicolás. A alguna distancia de allí, en medio del rio y cerca de la plantacion Reynesberg se eleva un peñasco de 60 á 80 pies de largo, á donde debe abordar toda embarcacion que se dirige á la Montaña Azul. Los viajeros, accediendo á los deseos de los negros que guian los barcos, sufren en aquella roca una especie de bautismo. Si, segun la preocupacion vulgar, quieren salir sanos y salvos de aquel paso peligroso, tienen que entregar al negro de mas edad una calabaza de aguardiente, del que derrama una buena parte en el rio, pronunciando algunas palabras misteriosas y cabalísticas, y despues esparce

tambien algunas gotas sobre las cabezas de los viajeros: concluida esta ceremonia los negros se beben el licor restante. En fin, de repente se presenta á vuestra vista la célebre montaña llamada Blaauwe Berg (Montaña Azul), en la cual hay un destacamento para vigilar á los indios y negros de las inmediaciones.

»Desde aquella montaña puede irse á Cayena: á derecha é izquierda del camino, hasta donde alcanza la vista, se descubren peñascos de una piedra azulada, de los que brotan fuentecillas, cuyas orillas son verdaderamente notables por su brillante verdor y la riqueza de su vegetacion. Cuando se llega á aquellos sitios que la naturaleza ha hecho casi impenetrables, se queda uno sorprendido de la magnificencia que allí ha

ma de aquellas cascadas tiene mucha elevacion. Es el punto en donde se detienen los atrevidos viajeros cuya temeridad les hace penetrar en aquella tierra virgen y llena de peligros. El europeo no pasa mas lejos: los negros errantes y los indios son los únicos que pisan aquellas vastas soledades.

»Es muy difícil que en un país tan estenso, á los cinco grados de latitud septentrional, cortado por un gran número de rios y puertecillos y cubierto de lagunas y de bosques, el aire no se halle cargado de emanaciones mal sanas. Lo que contribuye ademas á corromperle es, por una parte el excesivo calor del dia, y por otra el frio y humedad que reinan durante una buena parte de la noche. Las frecuentes tempestades,



Tiendas del Senegal.

desplegado y de la inmensa cantidad de flores, árboles y frutas que ha acumulado en aquel parage.

»Mas adelante y subiendo siempre, el rio forma otros muchos ancones, entre ellos el Kompaguieskreek, en donde se halla el puesto militar de la Victoria, y el límite de la parte cultivada de la colonia. El resto del rio baña tierras agrestes é incultas, y recibe al Sarahreek, que forma una isla, en donde acampó el pequeño ejército mandado por el señor Nepoen, y se concluyó el famoso tratado de paz con los negros errantes de Sarama, que aseguró la tan anhelada tranquilidad de la colonia.

»Mas allá del límite, el rio, cuyas orillas son escarpadas, se halla interceptado por un gran número de peñascos, desde los cuales cae el agua formando cascadas que ofrecen la vista mas pintoresca: la últi-

los torrentes de lluvia que caen algunas veces contribuyen mucho tambien á mantener la humedad. Como el dia es casi igual á la noche en el Ecuador y el crepúsculo es casi nulo, el paso repentino del calor al frio es muy dañoso para la salud.

»Las cuatro estaciones que tan fácilmente se distinguen en Europa apenas son sensibles en Surinam. Se dividen en estacion grande y pequeña de sequedad, y en estacion grande y pequeña de lluvias. Y aun cuando estas divisiones se reputan como correspondientes á épocas fijas del año, la sequedad, la lluvia, el calor, el frio de la mañana están de tal manera mezclados y confundidos, que es casi imposible distinguir las estaciones.

»Sin embargo, por lo comun la estacion de las lluvias comienza á mediados de noviembre y concluye á

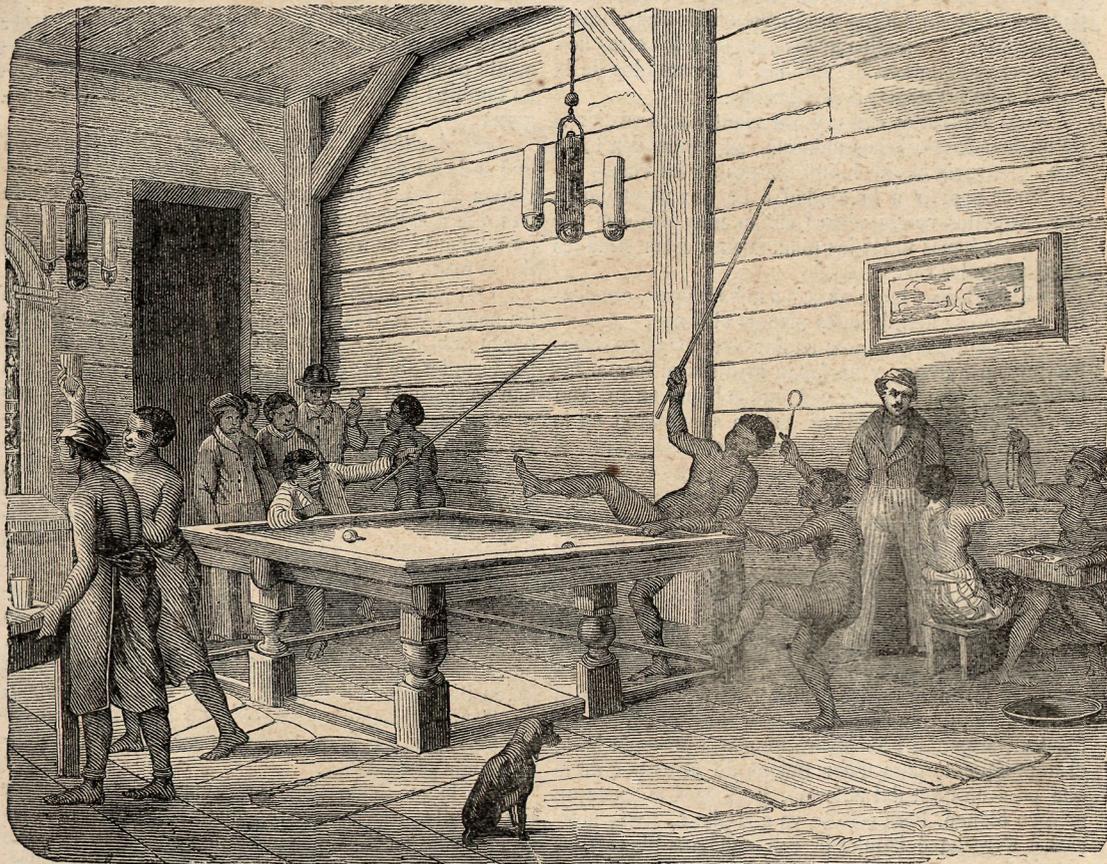
mitad de mayo ó principios de junio. Aquel es el invierno en estos climas. A las lluvias, que caen á torrentes, sucede una temperatura de 20 á 22 grados de calor.

»Cuando se dirige una mirada á las tierras que ahora se hallan cultivadas en la colonia de Surinam y sobre la abundancia y hermosura de sus frutos, y se recuerda lo que eran aquellas tierras hace pocos siglos, causa asombro lo que han podido producir el ingenio, la perseverancia y el trabajo de los primeros europeos que llegaron á aquella region. Alojados allí en cabañas formadas con ramas, espuestos al excesivo calor y á la insalubridad del clima, alimentándose con pescado, patatas y bananas, que ocasionan fiebres y po-

y las lagunas se ven cubiertas en el dia de cañas de azúcar, cafetales, algodoneros, bananos, arrozales, etc.

»Para formar una plantacion, la Maatschappy ó Compañía de las Indias cedia á cada nuevo colono tres veces mas terreno que en la actualidad, de montes, bosques y lagunas.

»En cuanto se toma posesion de aquella tierra virgen, se elige un sitio inmediato á un rio ó á un ancon para construir una casa, que por lo regular da frente al rio. Aquella casa es de madera, escepto los cimientos que son de ladrillo y se elevan hasta la altura de dos ó tres pies, lo cual es muy sano. Para subir á la entrada hay una gradería, y todo á lo largo del edificio



Indios del Senegal jugando al billar.

nen la tez pálida y livida, tenían que temer además á los naturales del país reputados por antropófagos.

»¡Cuántas mudanzas se han efectuado desde aquella época, y cuán grande sería el asombro de aquellos hombres si vieses lo que había llegado á ser su obra...! A aquellas miserables cabañas, que en su mayor parte no eran mas que chozas abandonadas por los indios, han sucedido edificios que pueden colocarse en el rango de nuestras mejores casas de campo de Europa. Los molinos, movidos por bueyes y mulas, con sus techumbres de ramas, han sido reemplazados por otros colocados en edificios espaciosos y que pone en movimiento el agua ó el vapor. El alimento, que era el de los indígenas, se ha convertido ahora en el lujo de las mesas de Europa. En fin, los montes, los bosques

corre una galería: las casas de los plantadores son mucho mas modestas.

»A 15 ó 20 pasos detrás de la casa del amo se encuentra la cocina, provista de todos los utensilios necesarios y de un horno para cocer pan. Aquellas cocinas, que carecen de chimeneas, no tienen mas que unas hornillas de ladrillo, elevadas algunos pies del suelo y en las cuales se enciende leña. El humo se esparce por todo el edificio y sale por unas aberturas practicadas en el techo.

»En frente y al otro lado hay otro edificio que sirve de almacén para las provisiones é instrumentos de labranza. A algunos pasos detrás hay unos establos para encerrar tigres y otros animales, los bueyes, vacas, cerdos, carneros, cabras, gallinas, patos y pa-